

La interpretación de la historia y los partidos políticos en México

*Álvaro Matute**

Cuando recibí la atenta invitación a participar en este ciclo, acababa de presentar una conferencia en la Coordinación de Humanidades de la UNAM, que lleva por título “La historia como ideología”. En ella, con un fuerte apoyo en las ideas de Hayden White, desarrollé el tema de cómo la concepción de la historia se convierte en un acto político cuando el intérprete reclama su autoridad y la preponderancia de su explicación sobre otras. Así, el escribir historia política es un acto político, cuando lo expresado en un texto busca ser reconocido y aceptado como de mayor validez y autoridad.

* Investigador titular del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Álvaro Matos

En muchos países, si no es que en todos, hay una historia oficial, que no es otra cosa sino la interpretación que tiene el Estado de la formación histórica del país y a la cual hace referencia como la más válida. En algunos Estados es la única, sin admisión de otras. En los más, si bien puede haber tolerancia con respecto a otras diversas, consideran a la oficial como la verdadera, no como una más, sino como la única a la que se le debe rendir pleitesía. Las otras son "interpretaciones", es decir, versiones de los hechos, no verdades absolutas. Hay tolerancia, pero tendente a descalificar lo que no comulga con la verdad oficial.

En mi opinión, una historia oficial o de Estado, sana y madura, debiera ser inclusiva, esto es, tener un margen de tolerancia lo más amplio posible, tanto que diera cabida a todo lo que no se opusiera radicalmente a ella. Si es muy restrictiva, es muy inmadura y no revela sino inseguridad. Dentro de ese marco, independientemente de la amplitud de los márgenes que deban existir, sin contrariar una verdad de fondo, puede darse la posibilidad de jugar con las versiones en torno a hechos particulares.

Éstos son algunos ejemplos de inclusividad y de exclusividad. De lo primero, con respecto a la Revolución Mexicana, la historia oficial admite en su seno a enemigos irreconciliables entre sí, como lo fueron Carranza, Obregón, Villa y Zapata, para no mencionar sino a cuatro personajes que tuvieron que ver en la muerte de unos y otros. El ideograma con el que los reúne la historia oficial es que "todos lucharon por un México mejor". Lo que iría contra la versión oficial sería el hecho de destacar las posibles bondades del régimen porfiriano, o del gobierno de Victoriano Huerta, en la medida en que la lucha de la revolución unificó a todos contra la dictadura o la usurpación. O, por ejemplo, la historia oficial no admite alguna posible bondad del imperio de Maximiliano, y a veces casi ni su existencia histórica al expresarse de él con otro ideograma: "el llamado Imperio..." El lenguaje es el elemento revelador de la ideología que está en la interpretación de la historia, oficial o no. De ahí que el análisis del discurso histórico revele los pensamientos, ocultos o no, que conforman las explicaciones de la historia.

La historia oficial mexicana se consolidó en la década de los años ochenta del siglo XIX, cuando apareció *México a través de los siglos* y, junto a este libro, muchos otros que coinciden en lo sustancial con una expresión de

La interpretación de la historia y los partidos políticos en México

carácter partidista de la historia. La historia del país es asumida por el partido triunfante en la lucha desarrollada en el pasado inmediato. La historia del Estado es la del partido ganador, con carácter excluyente con respecto al partido vencido. De ahí el empleo de la frase citada anteriormente, que se refiere al Imperio anteponiéndole “el llamado”. El republicanismo tendió a negar toda referencia monárquica, incluyendo a los 300 años de vida colonial. Afortunadamente a una persona tan inteligente como Vicente Riva Palacio se le ocurrió rescatar a la Colonia como el tiempo en el cual se formó la raza mestiza, a la que concibió como la auténticamente mexicana, ya que unió los dos extremos que la integraron: indígenas y españoles o criollos. A la tesis del mestizaje pronto se agregarían fundamentos sociológicos que la convalidarían como científica, aunque en última instancia, fueran ideológicos.

El problema viene después, ya que los gobiernos de la República Restaurada y el Porfiriato se asumen como los herederos del triunfo liberal. No hay problema mientras no exista otra opción. Pero cuando ésta surge, con la Revolución Mexicana, entonces viene la satanización al Porfiriato como heredero ilegítimo del liberalismo triunfante en 1867, y la historia oficial se reacomoda conforme al régimen imperante.

La historia oficial la escriben los triunfadores, pero los vencidos no son ágrafos y rápidamente escriben también su versión de los hechos, en la cual los ideogramas varían y, en consecuencia, son puestos al descubierto errores, traiciones e ineptitudes de los triunfadores. Durante mucho tiempo se ofrecieron dos interpretaciones extremas de la historia mexicana que planteaban: indigenismo *versus* hispanismo; labor civilizadora de la misma; contra labor tiranizante de la Iglesia católica, comisión de excesos por parte de la insurgencia frente a la manera civilizada de consumir la independencia; expresión espontánea contra el oprobio español, frente al oportunismo elitista para poner punto final a la lucha comenzada por los insurgentes. Y el punto nodal: el siglo XIX como escenario del enfrentamiento entre el progreso y el retroceso, que tienen su clímax en la Reforma, la intervención y el Imperio. El antídoto: imitación extralógica de una realidad ajena propiciatoria de la pérdida de nuestra identidad.

La investigación histórica comprometida consigo misma ha tenido por objeto superar los viejos esquemas interpretativos, tanto oficiales como

Álvaro Matute

ultramontanos. En la medida de lo acertado de sus logros se convierte en una historia revisionista. Lo es porque emplea elementos que dan mayor cabida a los bandos contrarios y procuran atender a la razón de ser de los mismos. El Estado puede dar signos de madurez en la medida en que abandone su ortodoxia y piense que la lucha partidista de hace más de 100 años quedó atrás; sin que ello implique modificar el calendario cívico. La historia es de todos, no sólo de un Estado que se asume como producto de un triunfo de partido. En ese sentido, reescribir y asumir una nueva interpretación de la historia es síntoma de salud.

La historia que transcurre y con ella la de las transformaciones sociales, junto con sus “largas duraciones”, hacen que las concepciones generadas hace más de 100 años, y sólo adicionadas en los años sucesivos, se vean petrificadas frente al dinamismo de una realidad cambiante. Esta nueva realidad le formula preguntas distintas al pasado que ya no encuentran respuesta en las explicaciones dadas.

Ahora bien, este preámbulo que ya resulta un poco largo, viene a cuento en este tiempo y lugar porque, a mi juicio, y no sólo lo expreso como historiador, sino como ciudadano, conocer la interpretación que de la historia de México hace cada uno de los partidos políticos puede ser muy esclarecedor. En el cómo se ve el pasado y determina cómo se quiere ver el porvenir.

La historia reciente nos proporciona un rico y abundante material que nos lleva a dudar acerca de la vigencia partidista de algunas versiones históricas. En mi conferencia mencionada subrayo el principio básico de la historia oficial mexicana: ésta es concebida como *la lucha del pueblo mexicano por su libertad*. En este principio hay dos ideologemas: pueblo y libertad. Si son inclusivos, la amplitud y hasta tolerancia de la visión de Estado son un hecho. Pero la historia nos enseña que a veces pesa más el pueblo y otras, la libertad. En los últimos años, los ideologemas se han escindido, de tal manera que las prácticas populista y neoliberal se convirtieron en irreconciliables. Uno sataniza al otro y utiliza un gran número de elementos denigratorios. Con respecto a la interpretación de la historia, esta disyuntiva ha propiciado, desde el neoliberalismo, que se soslaye la acción y la reivindicación popular, a menos que se haga con un tropo irónico en el discurso. Esto ha traído como resultado que se ponga mayor atención en cuestiones del siglo

XIX, como la Reforma, en lugar de hacer remisiones constantes a la Revolución de 1910, la cual es pródiga en elementos incómodos como “Sufragio efectivo, no reelección”, o se caracteriza por movimientos como el magonismo o el zapatismo. Asimismo, se le ha dado una connotación peyorativa al populismo, la cual ha tendido a ser generalizada y aceptada.

Por contraparte, la crítica al neoliberalismo propende a subrayar desigualdades e injusticias y a exaltar la lucha contra ellas. El ideologema pueblo se puede helenizar hacia el vocablo *demos* y derivar de él el concepto democracia. En lugar de asociar pueblo con libertad, se puede asociar con justicia, y a partir de esto se puede llegar a una interpretación de la historia que no deje fuera ciertas partes fundamentalmente épicas, colectivas, al modo de Michelet.

Por las crisis del presente, el PRI tiene dificultades para hacer suya la versión oficial ortodoxa de la historia y tiende a dejar de lado aquello que lo incomoda. Por su parte, por tratarse de un partido surgido a partir de una escisión del PRI, el PRD reclama los elementos populares de la interpretación ortodoxa y subraya los elementos épicos, como las luchas agrarista y obrera y momentos como la expropiación petrolera, y para aproximarse al presente, las protestas magisterial y ferrocarrilera de 1958, entre otros. Tómese en cuenta que el propio PRD también está integrado por antiguos militantes de diversas agrupaciones de izquierda.

Lo anterior, sin embargo, queda limitado al problema de la fractura del partido oficial y el surgimiento de uno nuevo que reclama una ortodoxia abandonada. Desde la oposición tradicional, también hay necesidad de reajustar interpretaciones. La ultramontana ha perdido actualidad en los últimos 30 años, aunque todavía hay algunos que apelan a ella. Creo que en el panorama partidista, sólo la podría asumir como suya el PDM, por sus orígenes sinarquistas. Ha perdido vigencia porque han cambiado los actores tradicionales de la historia así como las circunstancias. Entonces, no se puede ver hacia el pasado cuando éste ya no tiene proyección hacia el futuro. Si se piensa que hablo en términos demasiado esotéricos, aclaro: la Iglesia católica de hoy no es la de Pío IX y, por consiguiente, no coincide con la explicación petrificada que han hecho de ella tanto sus detractores como sus defensores.

Álvaro Marute

En ese sentido, queda claro que la larga vigencia del artículo 130 de la Constitución, en su redacción original, impidió que los partidos hicieran referencia abierta a componentes religiosos. De ahí que en México no hubiera habido un partido demócrata cristiano. Una pregunta al PAN sería, en ese sentido, cómo asume el catolicismo social que algunos de sus fundadores tenían como base de su pensamiento político y, sobre todo, cómo lo actualiza. Y, en general, cómo ve el PAN las interpretaciones tradicionales, como las de Vasconcelos y Cuevas, sólo por mencionar a dos heterodoxos mayores. ¿Cómo actualiza su concepción opuesta a la oficial y a la que le atribuyó al PRD? ¿En qué medida se opone a algún tipo de liberalismo? En fin, los intelectuales panistas tienen mucha tela de donde cortar.

Para concluir, creo que hoy en día la historia oficial más ortodoxa está en crisis. El Estado ha perdido claridad al haber entrado en contradicción con su propia tradición inclusiva y, también, por lo petrificado de algunas de sus interpretaciones. Al perderse esa claridad de parte del Estado, queda a los partidos asumirla desde sus propias perspectivas. Desde un ángulo muy optimista, quisiera pensar que la explicación de la historia sería asumida como partidista, superando la pretensión de ser del Estado. Pero algo más, para documentar mi optimismo. Al quedar la historia restringida a ese carácter partidista, se asumiría que no se trata de verdades definitivas. Su condición excluyente deberá ser superada por otra, inclusiva, que no provenga del Estado, sino de la sociedad civil. Ésta tiene que reconocerse en la historia y producir su discurso, desde su propia perspectiva, a partir de su dinamismo, y a la vez, tomando en cuenta su permanencia. Cuando esto tenga lugar, entonces habrá madurez en la conciencia histórica mexicana, y si hay madurez, la democracia es acto y no sólo potencia.